



XXXVIII Aniversario de la Constitución Española

Discurso del presidente de la Ciudad

Aquí estamos, un año más, para celebrar la Constitución y poner de manifiesto, de manera pública, nuestro amor a España. Un vínculo que no requiere de muchas explicaciones: la Nación española, la Patria común e indivisible de todos los españoles, es el fundamento, la piedra angular, de nuestra Constitución. La Patria con mayúsculas y con sus distintas caras.

La Patria como exponente de la soberanía nacional, una cualidad y facultad que no es posible fragmentar, que corresponde en exclusiva al pueblo español, a todo el pueblo español.

La Patria como voluntad de defender un modo de vida y de convivencia basados en la libertad, la igualdad, la justicia, la solidaridad, el imperio de la Ley y la democracia.

La Patria como motivación para comportarnos como ciudadanos responsables, para hacer cada uno lo que debe, y juntos una España mejor: unida, cohesionada, dinámica, plural y próspera.

La Patria como reflejo del legado hispano en el mundo.

La Patria como camino que se hace al andar, paso a paso, verso a verso.

La Patria como el hogar en el que uno se siente a gusto, que nos aporta seguridad y bienestar.

La Patria como afirmación de nuestro compromiso universal en favor de los derechos humanos y contra el racismo, la xenofobia, la trata de personas o cualquier otra forma de esclavitud.

La Patria como madre que honra la memoria de quienes por ella han dado la vida.

En fin, la Patria que se lleva en el corazón, que se quiere, que estando lejos se añora, con sus raíces, su Historia y sus leyendas; con su gente, su paisaje, sus tierras y sus mares; con sus idas y venidas, con sus días de gloria y sus derrotas, con sus luces y sus sombras; con sus colores, sus aromas y sus tradiciones, llenos de matices, enriquecidos en la diversidad.

La Patria como fundamento y la Constitución como puente entre generaciones de españoles: los que sufrieron el drama irreparable de una guerra fratricida; los que padecieron la cárcel y el exilio; los que se enfrentaron a las penurias de una autarquía imposible; los que a base de trabajo, renuncias y sacrificios lograron que la clase media alcanzara el rango de actor principal de un porvenir que, afortunada e irremediabilmente se percibía irreversible; y los que, llegado el momento del tránsito a la Democracia, creyeron que el destino era más importante que el punto



de partida, que teníamos el derecho de ganar el futuro sin mirar atrás, sin complejos, sin ajustar cuentas con el pasado; que podíamos y debíamos desalojar para siempre el odio, la revancha y la violencia.

Un puente de reconciliación, paz y perdón cimentado en el esfuerzo, la generosidad, el coraje y la valentía de varias generaciones de españoles; un puente que nos ha conducido al más prolongado periodo de libertad, progreso y bienestar de nuestra Historia Contemporánea. Sin negar los problemas, los retos, las dificultades y las necesidades, España es hoy una Nación económica, social y políticamente avanzada; España ha dejado de ser una permanente crónica de vencedores y vencidos, donde los seculares enfrentamientos que originaban la propiedad, la clase social, la religión o la forma de gobierno se intentaban resolver mediante la trinchera, la barricada, el motín, los pronunciamientos, el destierro o el paredón.

En suma, una exitosa empresa colectiva, reconocida y admirada en el mundo; eso sí con un capítulo doloroso, teñido de sangre, que no puede caer en el olvido: la crueldad del terrorismo y sus víctimas inocentes. Por mucho tiempo que pase, nunca vamos a confundir, ni mucho menos equiparar, víctimas y verdugos; nunca vamos a desertar de la obligación moral de hacer justicia a las víctimas, de defender su memoria y su dignidad. Su dolor es nuestro dolor, sus heridas son nuestras heridas. Junto con el recuerdo, nuestro reconocimiento y gratitud a la tenaz y eficaz labor de policías y jueces.

Para algunos la Constitución es un eco del pasado que se apaga; creo que no tienen razón; creo que la Constitución es una realidad viva y palpante, en la letra y en el fondo, también en el espíritu que la animó y alumbró: el espíritu del diálogo, el encuentro y el acuerdo. España necesita hoy, como hace 40 años, de mucho diálogo y acuerdo para, entre otras cosas, luchar juntos contra la amenaza terrorista; promover el crecimiento económico y la creación de empleo; ofrecer oportunidades e ilusionar a nuestros jóvenes; garantizar las pensiones, la sanidad y los servicios sociales; alcanzar un pacto nacional en educación; combatir eficazmente la violencia de género; y definir el papel de España en el mundo, especialmente en aquellas zonas en las que, las raíces, los sentimientos o los intereses compartidos nos confieren una singular relevancia: Europa, Iberoamérica, el Mediterráneo.

Acción conjunta y decidida para erradicar la corrupción. Es un mal insoportable. Insoportable porque daña sensiblemente las posibilidades de desarrollo; insoportable porque desacredita a las instituciones y desprestigia a la política; insoportable porque quiebra la ejemplaridad que, en cuanto a honestidad y decencia, debe exigirse del servidor público. En consecuencia, lucha contra la corrupción, sin miramientos y con todos los medios que sean necesarios, nuestra sociedad lo demanda y es vital para nuestra democracia.



Una lucha irrenunciable contra la corrupción que no es, en absoluto, incompatible con la necesidad de desenmascarar a quienes pretenden hacer de la política un espacio canalla donde todo vale con tal de destruir al contrario; dicho de otra forma: la manipulación, la mentira, la denuncia falsa, el linchamiento mediático, la condena precipitada antes de que la Justicia se pronuncie, no deberían tener cabida en una sociedad democrática que respete la presunción de inocencia.

En nombre de todos los ceutíes, mi más sincera felicitación, reconocimiento y admiración a quienes en este acto han sido distinguidos con las Órdenes de Isabel La Católica y al Mérito Civil.

Reconocimiento y admiración por hacer de la obligación, virtud; y de la profesión vocación. Por ser ejemplos de responsabilidad, dedicación, generosidad y sentido del deber.

Condecoraciones válidas igualmente para subrayar la heroicidad de lo cotidiano, la importancia del compromiso cívico: personas que, a través de distintas ocupaciones y sin afán de notoriedad o protagonismo, encuentran en el servicio a la sociedad, a los demás, la mejor manera de realizarse. Ejemplos como digo diarios y anónimos que son la más elocuente demostración de que España sigue teniendo en los españoles su principal fortaleza, su principal activo.

El pasado día 17 de noviembre, Su Majestad D. Felipe VI pronunciaba, con ocasión de la solemne apertura de la presente Legislatura un discurso que considero apropiado, oportuno y certero. En dicho discurso el Rey manifestaba, con parecidas palabras, que vivimos tiempos de grandes incertidumbres, pero también de grandes oportunidades, y que, ante ello, podemos optar por el aislamiento, el pesimismo, el espíritu destructivo, y la visión negativa de nosotros mismos y de nuestras capacidades -como ha ocurrido en algunas de las épocas más sombrías de nuestra Historia- o, por el contrario, podemos optar por el afán de superación, el ánimo constructivo y el deseo de progresar; podemos optar por mirar hacia adelante, seguros de nosotros mismos, con ilusión y esperanza.

Con todo respeto, coincido con Su Majestad: hace 40 años, el optimismo, la ilusión y la esperanza animaron el camino que entonces los españoles eligieron. Los nuevos retos y desafíos a los que ahora nos enfrentamos, nuestro futuro como Nación, en buena medida depende de que no nos abandone la ilusión y la esperanza; ojalá y así sea; con toda sinceridad creo que tenemos sobradas razones para que así sea.

La Constitución no es papel mojado -esto es una obviedad-; se aplica, como no puede ser de otra manera, en todo el territorio nacional, pero me van a permitir que afirme, sin ánimo de petulancia, que aquí en esta otra orilla, la efectiva realización de los principios y valores constitucionales es un asunto de vital trascendencia.



Aquí la solidaridad para garantizar la igualdad de los españoles, con independencia de cuál sea su lugar de residencia; aquí el imperio de la Ley, igual para todos, para hacer posible la convivencia, en paz y armonía, entre personas de diferentes credos, razas y culturas; y aquí el amor a España como razón de ser, para lo que sea menester y cualquiera que sea el precio. Ceuta, nuestra querida tierra, continúa dando muestras, a través del comportamiento de su gente, del acierto que se tuvo cuando, hace siglos, le otorgaron el título de Noble, Leal y Fiel.